

Madrid, 1900. La configuración de una industria cultural

Jesús A. Martínez.

Arbor CLXIX, 666 (Junio 2001), 557-572 pp.

La fecha de 1900 representa algo más que el convencionalismo cronológico o que la sensibilidad recurrente para conmemorar eventos señalados. Alrededor de esta fecha, del cambio de siglo y de las décadas que lo arrojan, en un sentido más amplio, Madrid experimentó una serie de transformaciones en dura pugna con sus elementos tradicionales. La ciudad adivinó, sin colmar, el camino de la modernización para un espacio muy peculiar movido por pautas tradicionales que se disponía a cambiar radicalmente.

La vieja ciudad del siglo XIX, cerrada en sí misma, con su carácter preindustrial, poblada de nobles y ociosos, de rentistas y artesanos, de pretendientes y servidores, había entrado en crisis lentamente. Su espacio y sus funciones se veían incapaces de alojar una nutrida corriente migratoria, mientras las transformaciones económicas y sociales empezaban a atribuir a Madrid un carácter bien distinto. Su crecimiento económico hacia la ciudad industrial y de servicios, y poblacional hacia un modelo demográfico moderno, fue acompañado de cambios cualitativos. Considerado como espacio emblemático, en Madrid se empezaron a romper pautas tradicionales de comportamiento y costumbres, aunque siguiera subsistiendo la ciudad de servicios políticos tradicionales que prolongaba en su estructura y morfología un núcleo urbano de Antiguo Régimen. Como en Europa, Madrid aumentó su ritmo, con un dinamismo mayor en el contexto de la idea de progreso. En la ciudad, las concepciones del tiempo, del movimiento y del espacio cambiaron como consecuencia de los adelantos técnicos aplicados a la ciudad y a la vida cotidiana de sus gentes, entre los que fueron especialmente significativos para la ciudad la extensión de luz eléctrica en el espacio

urbano y la culminación de un red ferroviaria que conectaba Madrid de forma radial con el conjunto del país. Una lenta socialización real de los inventos que adjudicó la idea del progreso sin límites, materializada en las lámparas eléctricas, los transportes mecanizados, la telegrafía sin hilos, o los primeros coches con el nuevo siglo movidos por combustión interna como símbolos de la era moderna. La caja de resonancia de la nueva sociedad fue una prensa de información que multiplicó sus tiradas, para una ciudad como Madrid que se convertía en un foco de atracción cada vez mayor de la intelectualidad y adquiriría visos de capitalidad cultural. La mentalidad tradicional y los nuevos esquemas que la industrialización incorporaba convivieron durante mucho tiempo, y lentamente alumbraron una nueva síntesis cultural proyectada a lo largo del siglo.

Así, con el primer tercio del siglo la sociedad tradicional madrileña entró en crisis, sin abandonar del todo características tradicionales, en medio del primer despegue industrial¹, mientras la ciudad experimentó los primeros síntomas de modernización que quisieron resumir los proyectos del *Gran Madrid*, con propuestas de racionalización en claves de metrópoli, el cambio de su papel económico como espacio industrial y de servicios con la centralización financiera, y el intento de adecuación a su dignidad de capital del Estado. Un diálogo entre lo nuevo y lo viejo que empezó a dar cabida a cambios demográficos, económicos y sociales que se hicieron más visibles con los primeros compases del nuevo siglo.

A finales del siglo XIX un Madrid limitado económica y demográficamente, distanciado de otras capitales europeas y con la dignidad de su rango poco ajustada a la realidad, poblada de cortesanos, empleados y rentistas, fue cambiando su papel hacia una ciudad productiva de industrias y servicios tejidos al mercado nacional con sus comunicaciones, habitada por empresarios, clases medias y obreros, y una población crecida que vio reordenarse la ciudad buscando el carácter representativo y moderno de su capitalidad. Y, con todo ello, la configuración de una capital cultural de nuevo cuño.

Este contexto hacía sensibles los cambios de la oferta cultural, con una industria más acoplada técnica y empresarialmente a una demanda también en reconversión, auspiciada por la alfabetización y marcada por la heterogeneidad de las gentes que poblaban la ciudad con nuevos perfiles sociológicos, y dispuestas a consumir los nuevos productos en un mercado cultural en construcción. Madrid cambiaba y aportaba el escenario de las nuevas dimensiones culturales de un fenómeno más amplio que experimentó el conjunto del país. En 1900

existían suficientes síntomas como valorar un *despertar de la cultura española* que se consolidaría durante el primer tercio del siglo. Un despertar en su sentido de cambio cultural que ha sido expresado por Juan Pablo Fusi : «Espíritu fin de siglo, crisis del positivismo, irrupción del modernismo, ruptura generacional y aún crisis del 98 convergieron en torno a 1900 como catalizadores de un innegable cambio cultural»², con un horizonte de plenitud cultural que se asomaba a Europa de la mano del discurso de la modernidad:

«El despertar cultural de España en los primeros treinta años del siglo XX no fue una suma de casos aislados y ocasionales, la aparición de unas pocas personalidades extemporáneas y más o menos geniales, sino un hecho social de considerable entidad cuantitativa y cualitativa (...) todo ello cristalizó y se precipitó, sin duda, a partir del cambio de siglo»³.

Si las conclusiones de Fusi desvelan un proceso de envergadura y no sólo episódico con personalidades aisladas, no fueron menores las dimensiones espaciales que el fenómeno adquirió, al situarse en Madrid el núcleo a partir del que se articuló buena parte del impulso cultural. En general fueron las ciudades los espacios dinámicos que alimentaron los cambios culturales y sociales. Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla, Zaragoza...protagonizaron una cultura urbana señalada con procesos de cambio respecto a las pautas clásicas de un mundo anterior decimonónico que se resistía a morir. Madrid desde finales del siglo XIX y primeros pasos del siglo XX, como hipotético espacio de oportunidades, a menudo poco colmado en la práctica, acentuó y amplió las expectativas como centro proveedor de servicios y de una economía que se industrializaba, pero también la ciudad empezó a romper las pautas tradicionales procedentes del ámbito rural, con nuevos perfiles sociales, y con un dinamismo cuyo producto social específico se extendió más allá de sus límites para condicionar la propia evolución del mundo campesino.

Madrid se fue configurando como una *capital cultural* lentamente desde finales del siglo XIX y durante el primer cuarto del nuevo siglo, despertando de su letargo y de su imagen de ciudad ociosa y provinciana, para protagonizar un salto cualitativo como centro neurálgico de los estados de opinión propio de una sociedad de masas. Esa era la onda transformadora que habían exhibido en las últimas décadas del siglo otras ciudades europeas y de Estados Unidos, en continuo crecimiento, y convertidas en el símbolo de los nuevos tiempos, como se había

puesto de manifiesto en el ejemplo de la Viena fin de siglo y su perfil de ciudad moderna con sus valores políticos y culturales ⁴.

Ya en 1869, Fernandez de los Ríos había descrito en su *Futuro Madrid*, con el entusiasmo de una revolución puesta en marcha, las posibilidades de transformación, pero partía del retrato de una situación degradada, y reclamaba su dignidad como capital de España:

«De esta ocasión depende que Madrid pueda ser digna capital de España o que se la condene a no salir de lo que es, un pueblo de empleados, sin condiciones agrícolas, ni industriales, ni locales, ni higiénicas, ni amenas para constituir una gran ciudad» (...) La verdad es que Madrid se halla muy por bajo de las que debía ser capital de la nación española (...) Si Madrid se propone no salir de lo que es, menguada cabeza de España, pueblo de empleados y especuladores políticos pendientes del maná del presupuesto, falta de toda industria y de todo comercio sólido, ciudad desapacible excluída del itinerario de los que viajan por Europa» ⁵.

A la atracción de la Corte, se había unido en el siglo XIX la valoración de la capital como la cúspide del éxito profesional, económico o social, en un espacio así concebido por la centralización del Estado liberal. El poder político o el reconocimiento social pasaba por ocupar un hueco en la capital. Otra pluma que también había descrito, pensado y planeado Madrid, la de Mesonero Romanos, había expresado esta situación inevitable alimentada con el transcurso del siglo XIX:

«Siendo la capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por muy impolítico que un hombre haga profesión de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo a una tribuna, ya conversando en un café» ⁶.

Así Madrid estrenaba siglo con un gran asunto pendiente, la adecuación de la ciudad a la dignidad de capital del Estado, y con el soporte de su papel político. Con el cambio de siglo Madrid fue tomando forma de capital cultural, no tanto porque un amplia nómina de intelectuales, científicos y literatos desarrollasen o fuesen empujados por esa atracción a realizar sus trabajos en Madrid, como por el nuevo papel que estos intelectuales tenían en Madrid al cobijo de una industria cultural en construcción. Los intelectuales se habían erigido en la *voz autorizada* de la sociedad de masas, venerada por crear estados de opinión y recreada gustosamente en su nueva misión. A la autoría los intelectuales añaden la autoridad de sus opiniones y una invocada

independencia de la política activa. El intelectual que descuella en Madrid no era el bohemio romántico. Con el tiempo, en la siguiente generación, la de Ortega ⁷ o Azaña, algunos intelectuales desarrollarán su compromiso político, pero los hombres del 98 o si se quiere del 900 pretendían ser los ecos críticos que replanteaban y pensaban *España* ajenos a la política precisa.

Madrid se consolidó como lugar de destino, salvo excepciones, de la intelectualidad española y de las nuevas corrientes de cultura crítica. Un goteo de llegadas fueron nutriendo la ciudad de las plumas y los pensamientos que cuajaron con el nuevo siglo. Primero Galdós, y sucesivamente, entre otros, Menéndez Pelayo, en 1873, los hermanos Machado en 1883, Ganivet en 1888, Azorín en 1895 o Juan Ramón Jiménez en 1900, mientras el siglo despertaba con los primeros artículos de Ortega.

Madrid alojó el empuje institucional de una Universidad centralizada en Madrid como cúspide del saber oficial, así como las Reales Academias y otras instituciones oficiales, que compartían espacio con un Ateneo revitalizado, con la Institución Libre de Enseñanza y su vivero de intelectuales y con los espacios más informales de las tertulias que salpicaban la ciudad como foros de encuentro y debate. La carrera universitaria y la formación académica, la letra impresa en una prensa de difusión nacional, el ascenso político y administrativo, el reconocimiento del éxito literario, la industria editorial...eran múltiples y variadas razones que hicieron desplazarse a Madrid a una amplia nómina de intelectuales de todo tipo como Clarín, Pardo Bazán, Baroja, Machado, Galdós, Valle-Inclán, Azorín, Ramón y Cajal, Fernando de los Ríos... en una peregrinación que llevó a muchos de ellos a instalarse definitivamente en la capital. Era la capital cultural del comienzo del siglo en la que se consolidó la figura del intelectual vinculado a Madrid como el espacio que adquirió un poder cultural desde donde se difundía el espíritu de regeneración, primero en claves de compromiso intelectual, y más tarde de compromiso político.

De esta forma habían ido convergiendo en Madrid durante el siglo XIX las piezas de la cultura oficial en términos institucionales: la Universidad Central, la Biblioteca Nacional, los Museos y las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, El Teatro de la Opera y el Conservatorio ⁸, o más tarde, en 1907, en el contexto de un renacimiento de la ciencia, la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ⁹. También se dieron cita las asociaciones e instituciones privadas que representaron y multiplicaron los instrumentos del poder intelectual como la Institución Libre de Enseñanza o el Ateneo. Esta

arquitectura del saber oficial o la libertad de debate, creación intelectual y enseñanza en claves institucionales era un producto enriquecido a lo largo del siglo XIX pero que ahora quedaba impulsado y conectado, en otras condiciones, a un ambiente cultural de nuevo cuño. El cambio de las condiciones de la ciudad y la construcción de una industria cultural redondeaban el proceso: la prensa y los grandes diarios, las editoriales, la difusión librera de mayor alcance, permitieron que las crónicas, los artículos, los libros, ampliaran los ecos de las tertulias, las tribunas y las cátedras, las reflexiones intelectuales y las obras literarias, y que formasen un todo conjunto para depurar una idea de Madrid como centro de producción intelectual y cultural, a pesar de los contrastes que ofrecía la ciudad para los moradores y aspirantes de la nueva sabiduría intelectual.

Un ambiente que dió cabida, más en términos vitales que generacionales, a personajes tan diversos como Maeztu, Azorín, Ganivet, Baroja, Machado, Valle-Inclán, Unamuno... en una amplísima lista, siempre abierta, y también compuesta por autores con menor fortuna para la memoria histórica, a los que unía precisamente la creencia en una misión intelectual ante el *problema de España* y el atributo de pensar España de múltiples formas, para desembocar en un compromiso social y político de límites y definiciones imprecisas. Un ambiente cultural muy vivo como expresión palpable del papel que jugaba Madrid. Una juventud vital que redoblaba su presencia y ocupaba los espacios de la ciudad, con diversas manifestaciones de su talante de rebeldía.

La configuración de los «intelectuales» como categoría definida era un fenómeno vinculado a la construcción de la sociedad de masas, que partía sobre todo de su propia percepción como *conciencia de la multitud*, y que, de forma separada a la *masa*, reclamaba una misión específica que pretendía intervenir en la vida pública¹⁰. En los decenios interseculares Madrid acogió y alimentó esta idea de categoría separada de los intelectuales que no estaban dispuestos a liderar de forma organizada ningún proyecto, sino que, sensibles a la realidad, despreciaban la política y adoptaban una posición crítica y contestataria manifestada en la rebeldía y la agitación moral a través de los medios que le proporcionaba la ciudad. Las tertulias, las tribunas, la prensa, los homenajes, las protestas...eran instrumentos de esa posición entendida como privilegio intelectual que trataba de ser el eco crítico y ético de una situación decadente. Así la ciudad brindaba los espacios de sociabilidad en los que los intelectuales desarrollaban su misión: «Dueño del centro de la ciudad, el intelectual se considera a sí mismo como

arbitro moral de la nación y depositario de valores universales»¹¹. Y fue en ese cambio de siglo cuando cronológicamente Madrid protagonizó una serie de transformaciones económicas, sociales y de su propio espacio, para convertirse en un pujante centro cultural que quería asociarse a la dignidad de capital política. Pero se trata de un proceso lentamente configurado, en el que Madrid adivinaba pero no garantizaba en toda su extensión los medios sólidos que los intelectuales reclamaban y que con tanto brillo se desenvolvían en las ciudades europeas de fin de siglo como Viena o París, al aportar todavía un limitado mecenazgo y un mercado cultural poco ágil. En las últimas décadas del siglo que se clausuraba, Madrid había logrado extender, por la propia lógica de su papel en el Estado, la idea de que la aventura de la capital para jóvenes inquietos, aspirantes a ocupar un espacio público, profesores...era una condición necesaria aunque la realidad desveló que no suficiente. Para obtener el salvoconducto del éxito, la carrera o el reconocimiento social, era imprescindible el conocimiento y control de los medios y la infraestructura de producción cultural que tenía la ciudad. Y no se trataba sólo de pensadores y escritores que convencionalmente tendrían un etiqueta generacional con una fecha, la del 98, queriendo señalar la importancia histórica de la situación, sino de un fenómeno más general que asignaba a Madrid la vocación de capital política y cultural.

En un carta de Ortega a Unamuno, donde el primero le reitera al segundo su interés de que se instale en Madrid, se pone de manifiesto esa idea de los intelectuales de conciencia de la multitud con una misión civilizadora amenazada por la barbarie y con Madrid como centro de sus operaciones intelectuales:

«Porque estoy empeñado en meterle a V. por la cátedra de Filosofía de la religión. Ahí puede ser V. utilísimo como enreiciador de conciencias y al mismo tiempo hallará V. una presión que es necesaria para toda cristalización perfecta. Además podíamos formar entre algunos hombres honrados una como isla donde salvarnos del energumenismo. Seamos lakistas y nuestro lago... sea la charca de Madrid»¹².

Madrid no reunía los recursos de París o Viena, ni los símbolos de un esplendor cultural que exhibir, ni un mecenazgo de lustre para colmar los bolsillos o las vanidades de los intelectuales. Con pocos medios comparado con otras capitales, Madrid era una ciudad de contrastes de todo tipo que proyectaba impresiones no siempre evocadoras, ni favorables de los recién llegados, pero era inevitable, ejerciendo una

hipnósis para los buscadores de fortuna, que querían su reconocimiento o la mejora de su situación. Era la atracción de Madrid¹³, aunque no en los términos que ejercía París como centro cultural y político de Francia.

El Madrid de 1900 representó, pues, por un lado esa proyección de capitalidad cultural, abierta y dinámica, con su industria, sus medios y sus protagonistas, pero por otro, también era el momento de la eclosión de una supuestas señas de identidad en claves de *casticismo*, de aquello que pretendía ser propio de la ciudad y que recreaba evocadoramente una ciudad inmóvil con sus pautas costumbristas y tipos populares. El *género chico*, la versión de la zarzuela acoplada al fenómeno del teatro por horas¹⁴, ó los sainetes de Arniches, construyeron los arquetipos de forma exagerada como identidad del elemento popular madrileño. Precisamente en 1898 se había estrenado *El santo de la Isidra*, paradigma del costumbrismo y del casticismo. Desde la atalaya intelectual Unamuno nuevamente criticaba de forma exagerada ese otro prisma de la cultura en versión popular lejana a las reflexiones profundas de la generación de intelectuales:

«Aquí forman los literatos una sociedad de elogios mutuos y abunda el talento de uno de nuestros oradores, que jamás lleva un duro en una pieza, sino en perros chicos que abulten y retintinen más, quiero decir, que en cada discurso larga la mitad de lo que sabe y en todos lo último que ha aprendido. Reina y gobierna la retórica, como señora absoluta, pero en decadencia. (...)

La cultura madrileña se encierra en los periódicos y en los teatros por horas. Huelgan comentarios»¹⁵.

Madrid en 1900 albergaba la mayor parte de la industria cultural de libros e impresos, en un mercado nacional de producción intelectual que tendía a centralizarse, favorecido por una mejor infraestructura de la difusión, el ferrocarril y la carretera, el correo y el telégrafo. Allí se encontraban las editoriales y los grandes diarios para surtir a la opinión pública, como complemento de la cátedra, tribuna, o la tertulia. Destacaron las innovaciones de la prensa, sujeta a un proceso de modernización técnica y concentración empresarial, sobre todo un tipo de prensa de información que aumentó las tiradas gracias a un mejor equipamiento de las rotativas de los periódicos, que fueron desplazando a la prensa artesanal¹⁶.

En los primeros compases del siglo el panorama editorial de Madrid cambió parte de su fisonomía heredada del siglo anterior. Desde el lado de la oferta, en términos cuantitativos, seguía existiendo un predominio de la pequeña empresa individual o familiar, vinculada al

carácter artesanal y al mundo de los oficios del impresor decimonónico. Muchas de estas empresas se habían reordenado a finales del siglo anterior bajo las fórmulas de sociedades regulares colectivas o comanditarias. Pero también el nuevo siglo, y a lo largo de sus tres primeras décadas, protagonizó la modernización del sector con empresas de mayor alcance construídas como sociedades anónimas. Renovación de equipos, mayores recursos financieros y técnicas de gestión y comercialización más depuradas, orientaron a la industria editorial hacia negocios de más envergadura para surtir el crecimiento de la demanda tanto en España como en el mercado de habla hispana. Los editores perfilaron su función específica y sus señas de identidad, diferenciadas de las de impresores y libreros, aunque siguieran haciendo complementarias esas actividades en sus empresas. Encargaban y seleccionaban textos, proyectaban e ideaban formas materiales en la que incorporar los textos (formatos, letras, ilustraciones...), y diseñaban nuevos productos y fórmulas de difusión, que alteraron el mundo editorial para acoplarse al mayor empuje de la demanda, con experiencias como *El Cuento Semanal* desde 1907, la proliferación de los libros de bolsillo, o la novela de quiosco, y en general la expansión de la fórmula de las colecciones.

Por su parte los autores habían adquirido un estatuto más moderno y profesionalizado, fundiendo *autoridad* y *autoria*, mientras se desplegaba el papel social de los intelectuales y sus escritos. Para la difusión muchas librerías tuvieron que transformarse para surtir los nuevos productos. Siguieron siendo librerías individuales y familiares al tiempo que consolidaban su papel como foros de sociabilidad con sus tertulias de trastienda. Editores y libreros iniciaron con el siglo también formas de asociacionismo y organización corporativa, como la Asociación de la Librería de España de 1901, mientras los autores de obras dramáticas y musicales habían creado en 1899 la Sociedad de Autores de España que reconocía la categoría de productores intelectuales.

Con la reconversión de los últimos años del siglo XIX el número total de editores se mantenía de forma relativamente constante, aunque desde 1897 la creación de nuevas empresas editoriales se situó por encima del ritmo que había tenido hasta entonces. El salto en las primeras décadas fue sobre todo cualitativo, perdiendo entidad artesanal para orientarse hacia empresas más sólidas, capaces de revitalizar una producción en continuo aumento desde 1900. En 1895, según la Estadística de la Contribución Industrial y de Comercio, existían en Madrid 46 editores, cifra que disminuyó en 1900 a 44 «editores de toda clase de obras», y en 1905 a 39. Estos números, con ligeras variaciones, se mantuvieron hasta 1917 —en 1916 estaban matriculados fiscalmente como

tales 47—, para despegar después en los años veinte, siguiendo la lógica del impulso del sector editorial en todas sus manifestaciones. En términos porcentuales entre Madrid y Barcelona representaban una hegemonía absoluta en el terreno de la edición, con un 51,1 por cien y un 41,1 por cien respectivamente de todos los editores del país en 1895. En 1900 los 44 editores de Madrid representaban el mismo porcentaje, y Barcelona en el conjunto de la provincia contaba con 39 editores. Entre ambas ciudades reunían casi el cien por cien, 83 editores, mientras sólo había tipificado con esta categoría fiscal uno en el resto del país. Este grado de concentración en Madrid, aunque menor, se extendía a la prensa con 23 periódicos políticos diarios y 4 más no diarios, y 235 periódicos científicos, literarios, administrativos, de un total de 483 periódicos de este tipo para todo el país. En 1895 del total de empresas periodísticas registradas, 1.073, 368 estaban situadas en la capital.

Mientras las actividades editoriales propiamente dichas se concentraban casi exclusivamente en Madrid y Barcelona, el ámbito de la imprenta estaba más repartido, aunque Madrid seguía siendo, junto con Barcelona, un centro neurálgico. Se trataba en la mayor parte de los casos de pequeños talleres artesanales, donde el sistema antiguo de prensas a mano había ido dejando paso durante el siglo a los talleres con máquinas. De los primeros existían en 1900 sólo 10 en Madrid, de un total de 278 en todo el país. El avance de la industrialización de las técnicas era todavía limitado, porque buena parte de los talleres tenían una sola máquina con menos de 1.000 hojas, pero Madrid tenía, junto con la capital catalana, el liderazgo en las técnicas de impresión: en 1895 existían en Madrid 49 talleres con una máquina de estas características, y a medida que aumenta el número de máquinas por talleres o máquinas cuya producción era mayor, la concentración en Madrid tiende a acentuarse. En esa misma fecha en Madrid estaban la mitad de los talleres con 4 o más máquinas cuya producción no excedía de 1000 hojas, y la mayor parte de los talleres cuya producción superaba las 6.000 hojas por hora. En número de máquinas, y no de talleres, los resultados son similares, aumentando el grado de concentración, ya que de las 1045 máquinas existentes en 1905 cuya producción no excedía de 1000 hojas por hora, 376 funcionaban en talleres de Madrid.

En el conjunto de las artes gráficas otras actividades pueden completar las características del sector en la capital. En 1900 existían 93 encuadernadores, de un total de 354 para todo el país, 23 litógrafos con prensas manuales de un total de 94, además de 20 grabadores de un total de 83 y de 5 fábricas de caracteres de imprenta de un

total de siete. Mientras las librerías representaban un número menor, 49 para un total de 254 librerías registradas en toda España¹⁷.

En 1903 el ayuntamiento madrileño elaboró un informe por distritos de los establecimientos de todo tipo existentes en la capital para comprobar si contaban con la oportuna licencia de apertura¹⁸. Entre los 341 establecimientos reconocidos por la inspección correspondientes a las actividades del libro y similares, 72 eran imprentas y establecimientos tipográficos, 70 librerías, 46 litografías y 44 talleres de encuadernación. a lo que se sumaban 32 almacenes de papel. El carácter fiscal de la fuente limita los resultados, pero son aproximados según la información de otras fuentes. La geografía de las artes gráficas en la ciudad asignó un papel principal al distrito de Centro donde estaban localizados 141 establecimientos, mientras el resto acogía de forma dispersa estas actividades. El distrito de Palacio contaba con 44 locales y Congreso con 37, y los demás con 30 o menos. Los talleres de imprenta eran los más repartidos, mientras los litógrafos, libreros y almacenes de papel tendían a concentrarse en Centro y los encuadernadores en Palacio, donde existía también el mayor número de imprentas.

Las dimensiones de los talleres, según la documentación aportada por la inspección de licencias, confirma lo reducido de su tamaño, aunque la naturaleza fiscal de la fuente documental tendía a limitar la declaración de espacios por los propietarios de los locales. La inmensa mayoría eran talleres o locales que utilizaban uno o dos huecos o estancias, en igual número, 130. Los que disponían de tres huecos eran ya mucho menos, 38, y muy pocos los que destinaban 4 o más huecos para su actividad, 17, sobre todo los almacenes de papel. Un minifundismo, pues, que salpicaba la geografía de las artes gráficas, y con la mayor parte de las imprentas con unas reducidas dimensiones, a lo que en general, se sumaba la falta de condiciones salubres, las dificultades de ventilación y a menudo la poca luz. Baroja describió una imprenta, que podría ser una entre la mayoría de las de la época:

«Manuel miró; ni letrero, ni muestra, ni indicación de que aquello fuera una imprenta. Empujó Roberto una puertecilla y entraron en un sótano negro, iluminado por la puerta de un patio humedo y sucio. Un tabique recién blanqueado, en donde se señalaban las huellas impresas de dedos y de manos enteras, dividía este sótano en dos compartimentos. Se amontonaban en el primero una porción de cosas polvorientas; en el otro, el interior, parecía barnizado de negro, una ventana lo iluminaba; cerca de ella arrancaba una escalera estrecha y resbaladiza, que desaparecía en el techo»¹⁹.

En el conjunto de las imprentas, tipografías o litografías el número de motores consignados era de 57 en total (vapor, eléctricos y de gas). Esta evaluación del grado de equipamientos técnicos deducida de la inspección de uso de motores con finalidad fiscal también debe matizarse por la existencia de mayor número de motores según otras fuentes documentales. De todas formas, éstas señalan la importancia todavía de los pequeños talleres de características artesanales, con pocos operarios, y una fuerza motriz todavía limitada en 1900 a pesar del impulso de la industrialización del libro y de la prensa. En 1905 existían 341 industrias dedicadas al libro y similares —el 4,74 por cien del número total de industrias en Madrid—, de las que 102 eran imprentas, 80 talleres de encuadernación y 54 litografías, y con una modesta fuerza motriz, con dos motores de vapor, 58 eléctricos y 17 de gas²⁰. El capítulo de las industrias del libro y de la edición recogía una larga herencia, multiplicada en el siglo XIX, en el ámbito de los oficios de la ciudad. Había sido uno de los sectores punta de las actividades económicas de Madrid. Sin embargo en 1900 estaba reuniendo todos los ingredientes para convertirse en una industria más moderna. Hasta entonces el sector de la imprenta había descansado, pues, en los numerosos talleres de carácter artesanal, familiar, con pocos operarios, con técnicas que lentamente pasaban de la máquina movida a mano a los motores, y con un cultura gremial propia de una sociedad preindustrial. El sector de la edición, salvo excepciones seguía vinculado a impresores y libreros, con una figura de editor que poco a poco iba emergiendo para definir su autonomía y su papel en el proceso técnico, económico e intelectual de la cultura impresa en la lógica del mercado. Las formulas empresariales se habían reordenado en las dos últimas décadas del siglo, y aunque continuaron predominando los negocios individuales, empezaron a manifestarse sociedades sobre todo colectivas o comanditarias, siempre en los circuitos familiares o cercanos a sus propietarios buscando puntuales inyecciones financieras. El siglo veinte incorporó mayores síntomas de modernización, con la aplicación de niveles de industrialización de las técnicas más sofisticados, con la depuración definitiva de la figura del editor como centro neurálgico de las publicaciones, y con la extensión de las sociedades anónimas en el sector, que ahora permitían negocios de mayor alcance. Madrid se convertía en una capital de la industria gráfica, aupada por nuevas experiencias editoriales, a menudo de la mano de la prensa que lideró los cambios tecnológicos en el sector y tendió a aglutinar mayores concentraciones de capital y organizarse en sociedades anónimas.

Los cambios fueron más lentos en el capítulo librero que los protagonizados por impresores y sobre todo editores. La mayoría de librerías eran establecimientos artesanos y a veces efímeros, con una estructura de difusión antigua, aunque algunas iniciaron empresas de mayor alcance, no sólo en función del mercado nacional sino de la estrategia de proyección al mercado hispanoamericano. De todas formas se produjo un aumento de las librerías de nuevo en consonancia con los nuevos rumbos del mercado cultural. Entre 1897 y 1902 se crearon 22 en Madrid²¹, cuando sólo habían abierto una o dos al año en la década de los años noventa.

La importancia de los libreros de nuevo era compartida en la ciudad por la venta ambulante de buhoneros y repartidores²², así como los quioscos que proliferaron como lugares de difusión de prensa y más tarde con las colecciones de novelas y cuentos. Por su parte las librerías de viejo o de lance cumplían un papel de difusión de primera magnitud para un mercado multiplicado. Éstas tendieron a desplazarse a las afueras, como consecuencia del crecimiento de la ciudad.

Arturo Barea recuerda en su juventud los escenarios de las librerías de lance en las primeras décadas del siglo, y la importancia de este mercado de segunda mano en la difusión de libros:

«La Plaza del Callao está llena de puestos de libros. Todos los años, cuando van a empezar las clases, hay feria de libros y Madrid se llena de puestos. Donde más hay, es aquí que es el barrio de los libreros, y en la puerta de Atocha. Aquí llenan la plaza y en la Puerta de Atocha el Paseo del Prado. A mí tío y a mí nos gusta recorrer los puestos y buscar gangas. Cuando no hay ferias entramos en las librerías de la calle de Mesonero Romanos, de la Luna y de la Abada. La mayoría son barracones de madera en los solares. En la esquina de la calle de La Luna y de la calle de la Abada está la librería mayor. Es una barraca de madera, pintada de verde, tan grande como una cochera. El dueño, un viejo, es amigo de mi tío y, como él, fue labrador; se lían a hablar de sus tiempos y de la tierra. Yo, mientras, revuelvo todos los libros y hago un montón con los que me gustan. Son baratos. La mayoría valen diez o quince céntimos. (...) También compro yo libros en la calle de Atocha, pero éstos me los vuelven a comprar en la mitad de lo que me cuestan»²³.

Pero también algunas librerías del centro de la capital hicieron las veces de foro de debate y de creación de estados de opinión entre los intelectuales. En el Madrid de finales de siglo XIX y principios del siglo XX una librería destacó como foro de tertulia: la de Fernando Fé, instalada en 1876 el local de la Carrera de San Jerónimo, muy

próxima a Sol, que había sido primero de Monier —con librería y gabinete de lectura— y luego del librero Durán. Su situación, la tradición de gabinete de lectura y el talante de su propietario eran las condiciones para que los nuevos aires de la tertulia en el espacio urbano convirtieran la librería en uno de los centros más concurridos de la intelectualidad y sus pretendientes:

«La librería de Fé ocupaba un local de cinco metros de ancho por diez de fondo. Hallábase dividido en dos crujías, entre las cuales el propietario —menudo y con un gran bigote negro— colocó una especie de cajón, mixto de mesa y pupitre...»

Allí acudían los literatos más consagrados del último tercio del siglo Campoamor, Nuñez de Arce, Echegaray, Pardo Bazán, Galdós, Juan Valera... pero también noveles reclamando un hueco en el olimpo literario y otros personajes diluidos en su tiempo. También la frecuentaron en ocasiones Ortega y Munilla, o políticos como Pi y Margall, Cánovas, Silvela, Canalejas,... Era un espacio donde se creaban estados de opinión, se alimentaban famas o se medían presitgios, mientras era un vivero de escritos difundidos después en la prensa, o el medio para conseguir una publicación o entrar en el círculo de la *aristocracia del cerebro* como así lo definió un artículo de la época.

En los últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX había una mayor movilidad cultural protagonizada por diversos públicos, en un contexto de mayor apertura cultural al exterior y un mayor dinamismo de entrada de libros y prensa.

Se puso de manifiesto la pluralidad de públicos y de la oferta impresa, y el cambio de relaciones entre los lectores y los escritores, basadas hasta entonces en la fidelidad y la relectura, cuando ahora se imponía lo eventual y lo efímero, en un ambiente cultural menos estático.

La lectura se extendió favorecida por los avances de la alfabetización. En Madrid en 1900 un 67 por cien de la población sabía leer y escribir y un 2,5 por cien sólo leer, es decir 375.424 personas para una población de 539.835 en un contexto de alfabetización acelerado en los primeros pasos del siglo XX, por encima de la media nacional ²⁴, cuyo porcentaje de alfabetizados era sólo de 33,4 por cien más otro 2,7 por cien que solo sabía leer ²⁵. En 1900 el número de lectores en la Biblioteca Nacional había sido 69.532, pero no acababa de cuajar una red de bibliotecas populares como expresión de la mayor dedicación a la lectura pública. En términos cualitativos, el libro y la lectura habían adquirido en el

horizonte de muchos colectivos sociales la categoría de instrumento de aprendizaje, y de movilidad, cuando no de emancipación social. La novela se había instalado en un primer plano después de haberse abierto camino más allá de su etiqueta de portadora de *malas lecturas*, pero también se había multiplicado el interés por los libros escolares, infantiles y juveniles, la extensión de la lecturas técnicas, y el mantenimiento de la demanda de libros religiosos. Y el consumo de prensa. Aunque todavía estaban por llegar experiencias de lectura de mayor alcance como la protagonizada por el Cuento Semanal, en 1900 Madrid había dado los pasos para una mayor socialización de la lectura en claves de su mayor proyección social. La lectura de prensa multiplicada, por su parte, había cambiado los hábitos de una lectura reposada, con veneración y a una hora fija como ritual diario, dotado de fidelidad, hacia una lectura más efímera y extensiva.

Con todo ello, tanto en términos de oferta como de demanda, Madrid en 1900 había reunido todos los ingredientes para convertirse en una capital cultural, no sólo por la intensificación de la presencia de intelectuales en ella, y el nuevo papel que éstos jugaban, sino por la construcción de una industria cultural al calor del proceso de transformaciones de todo tipo que protagonizó la ciudad con el nuevo siglo.

Notas

¹ García Delgado, José Luis «Madrid en los decenios interseculares. La economía de un naciente capital moderna» en García Delgado, José Luis. (Ed.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. Madrid, Siglo XXI, 1992.

² Fusi, Juan Pablo «El despertar de la cultura española, 1900-1931» en Octavio Ruiz-Manjón-Alicia Langa (Eds.) *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*. Madrid, Biblioteca Nueva y Universidad Complutense, 1999, p. 770.

³ Fusi, Juan Pablo *Un siglo de España. La cultura*. Madrid, Marcial Pons Historia, 1999, pp. 16-17.

⁴ Shorske, Carl. E. *Viena, fin de siècle. Política y Cultura*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

⁵ Fernández de los Ríos, Angel *El Futuro Madrid, paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1975, pp. 15, 18, 307 y 351.

⁶ Mesonero Romanos, Ramón de *Escenas Matritentes*. Madrid, 1881, vol. II, p. 375.

⁷ Sobre el liderazgo generacional de Ortega hacia 1910 y, en general, el compromiso de los intelectuales de esta generación, véase Vicente Cacho Viu *Los intelectuales y la política*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 52 y ss.

⁸ Martínez, Jesús A. «La cultura en el siglo XIX» en Fernández, A. *Historia de Madrid*. Madrid, Universidad Complutense, 1993, pp. 549-564.

⁹ Otero, Luis E. «El mundo de la cultura» en *Ibidem.* pp. 697 y ss.

¹⁰ Juliá, Santos «La aparición de la intelectuales en España» *Claves de Razón Práctica*, nº 86 (1998), pp. 2-10.

¹¹ *Ibidem*, p. 7.

¹² *Epistolario completo Ortega-Unamuno*. Edición de Laureano Robles. Madrid, Ediciones El Arquero, 1987, p. 68. La carta está fechada el 27 de enero de 1907. La referencia de Ortega a la «charca de Madrid» alude a la conocida comparación unamuniana de la capital con una «charca», como expresión de su reiterada aversión al clima social y político de la capital y en un sentido más amplio al mundo urbano. En una carta de 1908 Unamuno contesta a Ortega «Ir ahí, a Madrid? A ese indecente, a ese bochornoso, a ese indolente, a ese repulsivo Madrid? A esa cueva de políticos, estetas, chulos, pedantes, cómicos y periodistas? Voy a probar cuanto tiempo puedo pasarme sin pisar eso». *Ibidem*, p. 86.

¹³ Aubert, Paul «Madrid, polo de atracción de la intelectualidad a principios de siglo» en Bahamonde-Otero (Eds.) *La sociedad madrileña... op. cit.*, vol. II, pp. 101-138.

¹⁴ Espín, María Pilar *El teatro por horas en Madrid (1870-1910)*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños y Fundación Jacinto e Inocencio Guerrero, 1995.

¹⁵ Unamuno, Miguel de *Recuerdos e intimidades* Madrid, Tebas, 1975, pp. 106-107.

¹⁶ Paul Aubert. «Madrid, polo...» *cap. cit.* p. 115 y del mismo autor *La presse espagnole et son public 1914-1918*. Universidad de Pau, 1983. También Desvois, Jean Michel «El progreso técnico y la vida económica en la prensa en España de 1898 a 1936 en *España, 1898-1936, Estructuras y cambio* Madrid, Universidad Complutense, 1984, pp. 91-114.

¹⁷ *Estadística de la Contribución Industrial y de Comercio*, 1895-96, 1900 y 1905.

¹⁸ *Relación nominal de establecimientos enclavados en el mismo con expresión de las calles, nombres, clase de industria, fecha de licencia, número de huecos y fuerza potencial de las máquinas* 9 de noviembre de 1903. El ayuntamiento elaboró una segunda relación en 1904 donde se expresaban los establecimientos sobre los que se ignoraba si disponían o no de licencia. *Archivo de Villa, Secretaría* 18-129-2 y 18-130-1.

¹⁹ Baroja, Pío *Mala hierba en Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1946, I, p. 432. *Cit.* por Moral, Carmen del en el epígrafe «La industria tipográfica» en *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*. Madrid, Turner, 1974, p. 169.

²⁰ Ministerio de Fomento. *Memoria acerca del estado de la industria en la provincia de Madrid en el año 1905* Madrid, 1907.

²¹ Botrel, Jean-François y Desvois, Jean-Michel «Las condiciones de la producción cultural» en Salauin, Serge y Serrano, Carlos (Eds.) *1900 en España*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 57.

²² Botrel, Jean-François *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*. Madrid, Casa de Velázquez, 1988.

²³ Barea, Arturo *La forja de un rebelde*. México, Ed Montjuich, 1959, pp. 82-83.

²⁴ Tiana, Alejandro «Alfabetización y escolarización en la sociedad madrileña de comienzos del siglo XX (1900-1920)» en Bahamonde, Angel E. Otero, Luis. (Eds.) *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*. Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, vol. II, p. 203.

²⁵ Viñao, Antonio *Leer y escribir. Historia de dos prácticas culturales* Mexico, Fundación Educación, voces y vuelos, IAP, 1999, p. 109.